

Jesús, el mediador de un nuevo Pacto

Hebreos 8:1 al 10:18

La superioridad del sacrificio de Cristo

Hebreos 9-10

La realidad vino al mundo y dejó atrás las sombras o lo típico

Hebreos 10:5-10

Introducción:

En los primeros cuatro versículos de nuestro capítulo el autor habló de la insuficiencia de los sacrificios levíticos, los cuales eran ineficaces para satisfacer la inmensa necesidad de purificación de sus pecados que tenían los adoradores. En primer lugar el autor dijo que La Ley o el primer pacto contenía las “sombras” de los bienes venideros o las buenas cosas futuras, pero no tenía la imagen fiel de las realidades eternas.

Los hombres que estuvieron bajo la economía mosaica se preocuparon por cumplir con los rituales que les daban una purificación ceremonial, a causa de haber violado la ley ceremonial, de manera que la limpieza obtenida por los sacrificios de animales era solo externa, evitando solamente el no morir apedreado, pero de ninguna manera obteniendo la purificación interna de la conciencia.

Y que los sacrificios de animales no purificaron la conciencia de los adoradores es evidente por los constantes y repetitivos sacrificios que se hicieron en la historia del antiguo pueblo. De manera que, ahora, el sacrificio perfecto de Cristo ofrece la completa purificación de nuestros pecados, y como consecuencia, aunque cada día cometemos pecados nuevos, no es necesario que se dé una repetición del sacrificio de Jesús, sino que su sangre ha provisto la limpieza eterna de nuestros pecados, estando ella disponible de manera constante para limpiar nuestros pies, es decir, para purificar los pecados que a diario cometemos.

Lo que el autor nos ha dicho, en otras palabras, es que no había una proporción equilibrada, entre la ofensa infinita que causan nuestros pecados, las terribles exigencias de la justicia divina y el sacrificio de animales. Ellos no podían ofrecer el pago eterno por pecados que tenían consecuencias eternas ante una Ley eterna. Como dice Arthur Pink “Ya sea que el asunto se vea a la luz de la naturaleza divina, o del alma del hombre, o de la excesiva

corrupción del pecado, era obvio que la sangre de toros y machos cabríos no podían hacer expiación”¹.

Ahora, esta verdad no fue totalmente desconocida por los santos y profetas del Antiguo Testamento, pues, Miqueas reconoce la insuficiencia de los sacrificios para otorgar el perdón interno: “¿Con qué me presentaré ante Jehová, y adoraré al Dios Altísimo? ¿Me presentaré ante él con holocaustos, con becerros de un año? ¿Se agrada Jehová de millares de carneros, o de diez mil arroyos de aceite? ¿Daré mi primogénito por mi rebelión, el fruto de mis entrañas por el pecado de mi alma?” (Miqueas 6:6-7). Pero lastimosamente los judíos se olvidaron de esta verdad y llegaron a creer que la sangre de los toros ofrecía real perdón y expiación por los pecados.

Ahora, aunque para la mente renovada por el Espíritu Santo es fácil entender que las cosas celestiales, la purificación completa de nuestras conciencias, se debía dar con mejores sacrificios que los levíticos, para un judío este tema era difícil de aceptar, pues, ellos sabían que Dios mismo había ordenado la Ley de los sacrificios, y ellos levaban más de 15 siglos haciéndolo. De manera que nuestro autor está tratando de desarrollar su tema usando bases o fundamentos sólidos de manera que nadie pueda refutar su argumentación. Para ello él se vale de las Sagradas Escrituras, especialmente de un libro que era conocido de memoria por los judíos, los salmos. Para demostrar la superioridad del Hijo sobre los ángeles apeló al salmo 97:7, Cuando habló en la exaltación del Mesías sobre todas las obras de la creación, citó el salmo 8:4-6, cuando mostró la superioridad del sacerdocio de Jesús sobre el de Aarón, acudió al salmo 110:4.

Y Ahora, llegando al punto culmen de su argumentación, tratando de demostrar la imperiosa necesidad de la abolición de los sacrificios levíticos, acude nuevamente a las Sagradas Escrituras, y apela al Salmo 40:6-8. Aquí vemos la total dependencia que la Iglesia apostólica tuvo de las Sagradas Escrituras. Los autores sagrados no quisieron creer nada que no estuviera férreamente cimentado en las Sagradas Escrituras.

¹ Pink, Arthur. An Exposition of Hebrews. Chapter 46. The Divine Incarnation. Extraído de: http://www.pbministries.org/books/pink/Hebrews/hebrews_046.htm en Julio 28 de 2010.

Cuando la Iglesia ha querido creer o practicar cosas que no provienen claramente de las Sagradas Escrituras, sino que fluyen de fuentes distintas, llámense estas “profecías”, “sueños”, “impresiones”, “visiones”, psicología, sociología, filosofía, entre otros, el resultado será siempre desastroso, pues, solo las Sagradas Escrituras deben ser la fuente verdadera para la doctrina y práctica de los creyentes.

El autor de Hebreos, por la santa influencia del Espíritu de Dios, considera esta porción del Salmo 40, escrito por David, como una referencia mesiánica. Estas son palabras de la Segunda Persona de la Trinidad, pronunciadas en ese consejo eterno que en teología llamamos el pacto de gracia, el cual fue celebrado entre el Padre y el Hijo con el fin de obtener la salvación de los escogidos.

Así que siendo las palabras de este salmo una respuesta que el Hijo Eterno da al Padre Eterno, es nuestro deber prestar total atención a lo que aquí se dice.

v. 5-7 “Por lo cual, entrando en el mundo dice: sacrificio y ofrenda no quisiste; más me preparaste cuerpo. Holocaustos y expiaciones por el pecado no te agradaron. Entonces dije: He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad, como en el rollo del libro está escrito de mí”.

La expresión “por lo cual” o “por tanto” con la cual inicia el verso 5 es una consecuencia lógica de lo que ya dijo en los primeros cuatro versículos, es decir, en virtud de la impotencia de los sacrificios levíticos Cristo vino al mundo para cumplir con la voluntad del Padre, para cumplir con el pacto de gracia que se había celebrado entre las personas de la Trinidad. Pero Jesús no vino al mundo para continuar con el culto judaico o las complicadas ceremonias levíticas, sino para hacer algo mejor, superior. Cristo vino a poner fin a las leyes ceremoniales con el propósito de establecer un mejor pacto.

La frase “*entrando en el mundo*” hace referencia a la encarnación de Cristo, a su natividad. El nacimiento de Jesús significó la entrada del Dios eterno al mundo finito que había creado. La segunda persona de la Trinidad, que no estaba limitada por el tiempo ni el espacio, ahora, en su cuerpo humano, se limita a sí mismo y ocupa un espacio en un tiempo de la historia, como sí el no fuera eterno, ni omnipresente. Esto es maravilloso y no lo

alcanzamos a comprender, que la eternidad y la infinitud se hayan introducido, en la persona de Cristo, en la finitud y temporalidad de la historia humana.

Al entrar Jesús en la historia humana él dice: “*sacrificio y ofrenda no quisiste; más me preparaste cuerpo*”. Esta es una declaración de la segunda persona de la Trinidad la cual nos remonta a la eternidad, cuando, entre el Padre y el Hijo, se da el pacto de gracia. El Salmo 2 contiene algunas declaraciones del Padre para con el Hijo, pero en el 40 es el Hijo quien habla y anuncia su total disposición para cumplir con su parte en el propósito de salvar a un pueblo para sí. El que entra en el mundo no es un ángel, como solía aparecerse el Señor en el Antiguo testamento, sino que es Dios mismo, en persona, pero en calidad de siervo, humanado, limitándose a sí mismo. Al ver esta maravilla de maravillas nuestros corazones debieran elevar una adoración pura y excelsa a tan divina majestad que diseña un plan donde él mismo se humilla, con el fin de salvarnos.

Arthur Pink, de quien estoy tomando mucho material para este análisis, dice refiriéndose a la cita del Salmo 40 que hace el autor de Hebreos “El pasaje que tenemos ante nosotros requiere para su análisis, no de un artículo, sino de un libro entero pues, es de mucha bendición, es maravilloso y muy importante en su contenido. Aquí vemos la asombrosa gracia y la sabiduría del Padre, vemos el incomparable amor y la obediencia del Hijo, y el acuerdo federal que hubo entre el Padre y el Hijo en relación con la obra de redención y la salvación de la iglesia. Aquí también podemos ver demostrado, de nuevo, la perfecta armonía que existe entre el Antiguo y el Nuevo Testamento en la declaración de estas cosas. En este texto podemos aprender algunas cosas del augusto consejo intratrinitario que se dio antes de la fundación del mundo”².

Ahora, según el autor de Hebreos, el Hijo, la segunda persona de la Trinidad, cuando es introducida al mundo dice “*más me preparaste cuerpo*”, pero el salmo 40, en su versión hebrea en realidad dice “*pero mis oídos has perforado*”³. Esta diferencia se debe a que el

² Pink, Arthur. An exposition of Hebrews. Chapter 46. The Divine Incarnation. Extraído de: http://www.pbministries.org/books/pink/Hebrews/hebrews_046.htm en Julio 28 de 2010.

³ Kistemaker, Simon. Hebreos. Página 323

autor de Hebreos está citando, no de la versión hebrea, sino de la griega (la Septuaginta). A pesar de esta diferencia, el sentido es el mismo.

La idea es que nuestros oídos deben ser abiertos para que podamos escuchar los mandatos divinos con el fin de obedecerlos. Aquí no habla de perforar la parte externa de la oreja, como se solía hacer en señal de servidumbre, sino la apertura interna del mismo, de manera que se pueda escuchar perfectamente. El profeta Isaías aclara este concepto cuando dice: “*Jehová el Señor me abrió el oído, y yo no fui rebelde, ni me volví atrás*” (Is. 50:5). Aquí el profeta escucha con atención los mandatos divinos con el fin de obedecerlos de corazón.

Ahora, en este pasaje se presenta un contraste entre los sacrificios involuntarios (y ofrendas) y el sacrificio voluntario que es resultado de la obediencia.

Mientras los animales en el Antiguo Pacto eran sacrificados sin que ellos, los animales, de manera voluntaria y gozosa se ofrecieran para tan noble propósito, el mejor sacrificio que efectuó el Hijo de Dios fue hecho por una decisión propia en la cual él se entrega a la muerte con el fin de dar vida a los que quiere salvar. Él tiene un oído atento y con obediencia perfecta acepta el cuerpo que Dios le ha preparado y da su vida en rescate de muchos.

Las expresiones “*sacrificios, ofrendas y holocaustos*” hacen referencia a la totalidad de los sacrificios que ofrecían los judíos.

Ahora, las Sagradas Escrituras también enseñan que a Dios no le agradan tanto los sacrificios, como si le complace un corazón obediente. Las palabras de Samuel a Saúl contienen un poderoso mensaje para todos los que pretenden alcanzar el favor divino a través de sacrificios: “... *¿Se complace Jehová tanto en los holocaustos y víctimas, como en que se obedezca a las palabras de Jehová? Ciertamente el obedecer es mejor que los sacrificios, y el prestar atención que la grosura de los carneros*” (1 Sam. 15:22).

Dios el Padre le preparó un cuerpo para el Hijo, y este, quien tiene un oído dócil y obediente, no quiso escapar del sufrimiento que significaría la encarnación, sino que con total obediencia se dispuso a cumplir los propósitos divinos. El Hijo dice “*He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad*”, el mayor gozo está en cumplir con la totalidad de

la voluntad divina. El autor de la carta también insiste en llamar a los creyentes a deleitarse en perseverar en el cumplimiento de la voluntad de Dios.

“*Como en el rollo del libro está escrito de mí*” hace referencia a la Ley de Dios, la *Torah*, tal como se deja ver en el Salmo 40:8. Él se propuso cumplir con toda la Ley, de manera que todo lo escrito en ella apuntaba a Él, a su obediencia perfecta.

En el verso 8 nuestro autor resalta que aunque la Ley ordenaba que se hicieran sacrificios, no obstante Dios no se complacía en ellos. “*Primero, él dijo: <sacrificios y ofrendas, holocaustos y ofrendas por el pecado no deseaste, ni estuviste complacido con ellos> (aunque la ley demandaba que fuesen hechos)*”⁴.

Aquí no se enseña que Dios expresara total aversión hacia los sacrificios, pues, él mismo los había establecido, pero el rechazo divino se da cuando estos sacrificios no estaban acompañados de fe y obediencia, para él esto se constituía en una abominación. Ahora, Dios no había establecido los sacrificios de animales para dar la completa purificación de la conciencia, y en ese sentido él no se agradaba en ellos, pues, su gozo iba a estar en el sacrificio de Su Hijo, el cual fue predestinado para ello. “*sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación, ya destinado desde antes de la fundación del mundo, pero manifestado en los postreros tiempos por amor de vosotros*” 1 Pedro 1:19-20.

Dios aceptó el sacrificio de Abel porque fue ofrecido con fe (Heb. 11:4), y rechazó el de Caín porque su corazón era malo, desobediente.

Siendo que la sangre de animales no podía limpiar internamente los pecados, entonces su efectividad espiritual estaba relacionada con la fe puesta, por el adorador, en el futuro sacrificio que realizaría el Mesías, el Hijo de Dios. Cuando esta fe no estaba presente, entonces el sacrificio era simplemente un rito vacío, muerto y carente de cualquier significado. Pero no se trataba de una fe desprovista de contenido, pues, la verdadera fe conlleva el querer conocer la voluntad divina y obedecerla, por eso Oseas dijo al pueblo: “*porque misericordia quiero, y no sacrificio, y conocimiento de Dios más que holocaustos*” (6:6).

⁴ Kistemaker, Simon. Hebreos. Página 324

Ahora, Cristo, con su obediencia que le condujo a la muerte sacrificial, hizo que las leyes ceremoniales llegaran a su fin, para establecer, con su obra redentora, un nuevo tiempo, glorioso y lleno de enormes bendiciones para su pueblo, pues, ya no iban a ser necesario más sacrificios, sino que con una sola ofrenda perfeccionó a los escogidos; esto es lo que quiere decir la expresión “...quita lo primero, para establecer esto último”.

La obediencia de Cristo a la voluntad del Padre fue perfecta. En el desierto, cuando Satanás tentó a Jesús, este le propuso que buscara un camino diferente al del sufrimiento para adquirir a ese pueblo que quería salvar. Satanás le propuso que le rindiera adoración y todos los reinos del mundo serían de él. Pero la respuesta de Jesús expresa el deseo que mantuvo siempre de cumplir la voluntad de su Padre, de cumplir con su parte en el pacto de gracia, y responde al tentador: “*Vete de mí, Satanás, porque escrito está: Al Señor tu Dios adorarás, y a él solo servirás*”. Luego, cuando el bien intencionado Pedro le propone que no siga con su camino hacia la muerte sacrificial, la respuesta del obediente Jesús fue “*¡Quítate de delante de mí, Satanás!; me eres tropezado, porque no pones la mira en las cosas de Dios, sino en las de los hombres*” (Mt. 16:23).

Y el deleite en hacer la voluntad de Dios le acompañó hasta la misma la cruz. La noche en que fue traicionado, sufriendo previamente al saber el inmenso dolor por el cual pasaría, estando en gran agonía, de manera que su sudor era como grandes gotas de sangre, en ese terrible momento, cuando la mente se nubla al saber que se experimentará un terrible e indecible sufrimiento, él no desea que se haga su voluntad, sino la del Padre: “*Padre, si quieres, pasa de mí esta copa; pero no se haga mi voluntad sino la tuya*” (Luc. 22:42).

Por esta obediencia perfecta a la voluntad del Padre, Jesús pudo llevar su sacrificio perfecto en la cruz, y una de las consecuencias más notables de esta obediencia es expresada en el verso 10 de nuestro capítulo 10: “***En esa voluntad somos santificados mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez para siempre***”.

Este texto nos enseña que la salvación se origina en Dios, no en el hombre. Dios fue quien tomó la iniciativa de salvarnos; en su decreto eterno, antes que el hombre fuese creado, antes que el hombre pecara en Edén, ya Dios había pensado en nuestra salvación. Su voluntad perfecta diseñó un plan perfecto para ofrecer una salvación perfecta, y en este plan

se incluyó como eje central de nuestra salvación *la ofrenda del cuerpo de Jesucristo*. El Dios-hombre debía morir, pero no como los animales sacrificados bajo las leyes levíticas, los cuales no iban al altar de manera voluntaria, sino obligada, mas por el contrario, Jesucristo (Dios – hombre) va a la cruz de manera voluntaria, ofreciendo el cuerpo que Dios le preparó, como una ofrenda por el pecado del mundo.

Por su muerte en cruz ahora somos santificados, limpiados, separados del mundo, declarados justos y aceptados por el Dios Santo.

El autor vuelve a insistir en un punto que ha sido medular en su argumentación, el sacrificio de Jesús fue diferente de los realizados bajo las leyes levíticas, porque este fue *hecho una vez para siempre*. No necesita repetición. Siendo que este sacrificio es eficaz para santificar al adorador, entonces la salvación de este es completa y eterna desde el momento en el cual se aplica sobre él los beneficios de dicho sacrificio.

“Una vez” se constituye en expresión clave de la epístola a los Hebreos.

- Los que una vez iniciaron el camino de la apostasía es imposible que sean renovados para arrepentimiento, pues, tendrían que crucificar de nuevo al Hijo de Dios, lo cual no se puede hacer. Hebreos 6:4.

- El sumo sacerdocio de Jesús es mejor que el de Aarón porque él ofreció su cuerpo como ofrenda al Padre una vez para siempre, mientras que Aarón debía presentar anualmente ofrendas por su pecado y el del pueblo. Hebreos 7:27.

- Los sumo sacerdotes solo podían entrar una vez al año al santo de los santos, mientras que ahora Jesús entró una sola vez al tabernáculo celestial y vive allí para interceder por nosotros. 9:7, 12.

- Jesús, por el sacrificio de su cuerpo hecho una sola vez, quitó, de una vez para siempre el problema del pecado, de manera que ahora los creyentes tienen acceso directo al Padre por medio de Él, incluso, el acceso a Dios que tuvieron los santos en el Antiguo Testamento se debió a ese único sacrificio. 9:26

- Los sacrificios de animales no tuvieron el poder de limpiar de una vez y para siempre la conciencia de los adoradores, pero, el sacrificio de Cristo si lo hizo. 10:2

- Por la ofrenda del cuerpo de Cristo, hecha una sola vez, somos santificados para siempre. 10:10
- Por el sacrificio hecho una sola vez, Cristo se sentó a la diestra de Dios, una vez y para siempre. 10:12
- Una vez más Dios conmovió la tierra, pero también el cielo, con el fin de que las cosas movibles o perecederas den lugar a las inmovibles o eternas. 12:26-27

Aplicaciones:

- El amor de Dios hacia nosotros, los que creemos, ha sido muy grande. Su inmensa bondad se manifestó en la encarnación de Su Hijo, pero esto se encontraba predestinado desde la eternidad, cuando Dios el Padre y el Hijo establecen un pacto de gracia a través del cual hacen posible la salvación de los hombres pecadores que fueron escogidos por su mero divino beneplácito. Su amor es tan grande que siendo Dios eterno se humilló a sí mismo haciéndose hombre mortal, para luego entregar su vida en rescate por muchos. Reconozcamos hoy su inmenso amor y entreguémosle por completo todo lo que somos. Así como él entregó toda su vida por nuestro rescate, démosle todo lo que somos, no solo nuestra alma, sino nuestro cuerpo, tal y como dice Pablo *“Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional”* (Rom. 12:1).